

HISTORIAS

Tecno Campo: Delivery para Levantar la Cosecha

Unos diez mil contratistas rurales –o tanteros– salen a recorrer los caminos al llegar la época de la cosecha. Viajan con sus sofisticadas cosechadoras y pasan meses lejos de casa. Aquí, un día junto a estos hombres de campo.



Cosechando de noche en un campo de Lobos, antes que caiga el rocío.

Hay moscas. Y cuando hay moscas es porque viene lluvia. La presencia de insectos no es sólo molesta; es, ante todo, una mala noticia. Si llueve, o por caso está muy húmedo, no se puede trillar. Y Hugo y Luis Laiz, dos contratistas rurales de San Pedro, están parados con sus cosechadoras hace cinco días en el mismo campo de Lobos, sin haber podido tocar ni una sola vaina de soja. Los hermanos llegaron hasta allí en caravana, porque cuando se transporta una máquina

también marcha a la par toda una comparsa: una casilla para vivir, un tanque de gasoil, un tractor, una tolva.

Todo el conjunto ocupa hasta 25 metros de largo, una presencia tan imponente que suele inquietar a los que andan apurados en camiones o autos, sobre todo en rutas de un carril por mano. Pero en ciertas épocas del año es inevitable la presencia de los tanteros, como se apoda a estos contratistas rurales en algunas zonas del país “porque van al tanto por ciento”: ellos levantan aproximadamente un 75% de la cosecha, no importa de qué grano se trate (puede ser soja, trigo, maíz, arroz, sorgo, girasol).

Esta profesión es tan vieja como la agricultura en las pampas, pero en la última década ha mutado bastante de perfil. “Al principio –recuerda José Turino, presidente del Centro de Contratistas de Máquinas Agrícolas de San Vicente–, en las comparsas viajaban unas 30 personas, y las hijas de los chacareros tenían que hacerles a todos de comer.” Lo que mejor funcionaban eran los guisos. La gente viajaba a lomo de mula; adonde los agarraba la noche, dormían.

A veces arriba, a veces abajo de la cosechadora, según la noche. En cambio, los contratistas rurales ahora son nómades high tech, que deambulan con poderosos fierros de hasta 300 mil dólares, de altísima sofisticación.

Estas máquinas saben copiar cada minúscula elevación o depresión del terreno que van trillando, saben contar el cereal que cortan, medir su humedad, calcular pérdidas, entre otras cosas. La computadora, el posicionador satelital, el celular, todos los chiches que revolucionaron la vida urbana, también cambiaron la actividad rural. Y estos gauchos súper tecnologizados son parte de la nueva cara del agro en la Argentina, que cada vez es más eficiente y competitivo.

Pero tanta tecnología no alcanza para hacerle frente a algunos imponderables, como el clima. Hugo Laiz se saca las moscas de la cara con la mano, hace un gesto molesto

y busca algún indicio que pueda desmentir la llegada de la lluvia. Aunque está pronosticada para el día siguiente, por ahora no se ve ninguna nube.

Pero, dice, “los bichos son un mal agüero”. Y encima, el suelo está húmedo, porque el rocío aún no se evaporó después del asado del almuerzo. A eso de las dos de la tarde, Laiz toma una muestra de soja, y en una especie de botiquín que incluye un balancín y un termómetro, mide la humedad del grano. Sigue en 16%. Lo ideal es empezar a trillar con 14%. Sigue la espera.

Hugo y Luis Laiz vienen de una familia de pequeños productores que se dedicaban a la batata, no al cultivo de granos. Pero ellos no se hicieron productores; en cambio eligieron la mecánica. Un día, allá por el 86, compraron una cosechadora vieja y la desarmaron toda. Parecía un imposible rompecabezas. Así, empezaron en este negocio de alma errante, que depara inesperadas aventuras. Hoy, hay unos 10 mil contratistas rurales en todo el país. Algunos son hijos de viejos tanteros, o incluso nietos, como José Turino, que crecieron con el concepto de lejanía del hogar enraizado en el corazón.

Pero también hay nueva gente en este rubro: muchos de ellos productores que, además de levantar su propia cosecha, se lanzan a la aventura de los caminos, buscando trillar el grano de otros. Y esto también tiene que ver con otro aspecto de la revolución tecnológica en el campo: desde que en Argentina se popularizó la siembra directa —el método que permite cultivar la tierra sin labranza ni arado—, el chacarero tiene tiempo libre y puede diversificar sus actividades. Ahora, la competencia entre contratistas rurales es tan grande que en la época de cosecha de trigo, que se da entre noviembre y enero, se pueden llegar a juntar hasta 50 tanteros en las rotondas de los pueblos o en las estaciones de servicios. Es un espectáculo increíble: terribles fierros de todos los colores, uno más imponente que otro, a la espera de clientes.

En las buenas y en las malas

Tras la devaluación y el boom de la soja, el contratista rural atraviesa por una etapa de prosperidad. Pero lo cierto es que es una profesión tan incierta como el tiempo. Hugo Laiz recuerda una campaña en la que casi tuvieron que vender el tanque de gasoil para poder volver a San Pedro. Cero clientes. Y ahora, que el clima está que un día llueve y otro está húmedo, está algo preocupado. Cada jornada que pasa sin que se pueda cosechar es un día sin ingresos. No hay grano, no hay plata. Así de simple. “Y para que la temporada resulte exitosa hay que levantar por lo menos 1.500 hectáreas de soja por cosechadora”, explican.

Por eso, justamente porque las moscas anuncian la llegada de un clima peor, Hugo y Luis convencen al dueño de la estancia de empezar a trillar, a pesar de que la humedad del grano sea algo alta. Hay tensión: se corre el peligro de que se abran las vainas con la lluvia y que el grano se caiga al suelo, lo que arruinaría definitivamente todo. Se evalúa rápidamente la situación y se larga el trabajo. Entonces, al fin se encienden los motores de las máquinas, y en medio del canto de los teros y con pequeñas liebres huyendo entre las plantas, las gigantescas cosechadoras empiezan a avanzar. Las máquinas van comiendo la soja, triturando todo lo que no sea el grano.

El polvillo es inmenso, hay una mezcla rara de ruidos: el de las cuchillas que cortan, el del eje que da vueltas. El que maneja la máquina sabe cuál es cuál. Está cómodamente sentado en una moderna cabina con aire acondicionado, como si viajara en primera clase. Va hasta una punta del campo y vuelve. Cuando la máquina se llena de granos, le hace una seña al que maneja el tractor. Una manga, que parece

el brazo de una nave espacial, se abre de la cosechadora para descargar todo lo cosechado en la tolva. La tolva, una especie de embudo enorme, también tiene una manga parecida con la que luego descargará todo en un camión. La producción no se detiene. No puede detenerse.

El avance de la tecnología hace que la producción agrícola se parezca cada día más al modelo tayloriano de producción industrial: un proceso detrás del otro, año tras año. Esto hubiese sido imposible sin la siembra directa. En el campo donde se usa este método ya no hay surcos; las máquinas no se entierran ni se anegan. Esto, sin embargo, no quiere decir que todo funcione perfectamente. Los fierros, como en cualquier industria, se rompen. Una cosechadora se puede tragar un sapo, una víbora, un zorrino o una cuchilla que se haya perdido durante el proceso de siembra. Entonces, hay que desarmar todo en el medio del campo, improvisar un taller mecánico entre la soja. Aquí hay que tener mucho cuidado. Hugo Laiz exhibe su mano con una falange de menos, fruto de una cuchilla traicionera. “Hay gente que perdió la vida tratando de arreglar una máquina en movimiento, porque se le enganchó el pulóver en una correa, que terminó devorándole las tripas”, cuenta.

Hugo y Luis dicen que las cosechadoras son como autos de Fórmula Uno: “Siempre tienen que estar listos para ganar la carrera. Por eso, hay que desarmar y volver a armar cada máquina después de una campaña. Cuando no se puede trabajar por el clima, es necesario aprovechar el tiempo para engrasar, sacar partes, colocar correas.” Gajes del oficio.

Lejos del hogar

En este negocio no sólo hay que saber de mecánica. Hay que saber manejar las nostalgias, las incomodidades de vivir en el medio del campo en una casilla de madera durante más o menos seis meses por año. Este es un mundo eminentemente masculino, donde la mujer entra a veces a acompañar a su esposo, pero casi nunca para subirse a una cosechadora. Es una vida de ascetas: hay que guardar cada mango para llevar a casa, donde la familia espera, espera y espera la vuelta del cosechero. Pero ahora, por lo menos, cada integrante de la cuadrilla anda con celular. Antes el contratista salía de la casa, y sólo sabía para dónde rumbeaba –si para el norte o para el sur–, pero no tenía idea de cuándo iba a volver, o si se iba a poder comunicar con sus seres queridos. Germán Alberto Hill, un contratista de Entre Ríos, recuerda que una vez se fue levantar algodón al Chaco y que por un mes su esposa Nancy no supo nada de él. Fue una de esas campañas malas, de las que se vuelve con una mano atrás y otra adelante. Y aun así, siguió en este negocio, al que hay que amar según dice.

Ahora hay tanteros con Internet y hasta Direct TV, que en los días de lluvia pueden matar el tiempo de mejor manera. Los hermanos Laiz, en cambio, aprovechan el clima adverso para ajustar cada detalle de la máquina. En los ratos de ocio juegan a las cartas y comen tortas fritas (hoy los hombres se cocinan solos; la hija del chacarero que hacía guisos ya no está más). Para ellos, es fundamental conseguir un grupo de gente con el cual poder convivir día y noche. Hoy, las comparsas serán más chicas (de tres o cuatro personas), pero todos tienen que dormir juntos en la casilla (hay cuatro camas cuchetas) y compartirlo todo: desde el mate al baño.

Cae la noche sobre Lobos, y las nubes se empiezan a insinuar sobre el horizonte, anunciando que al día siguiente efectivamente lloverá. Las cosechadoras encienden sus poderosas luces, y trituran soja hasta que el rocío les dice basta. Se empiezan a hacer preparativos para la cena, se pasa el mate de mano en mano. Las luces de las

casillas son tenues pero así y todo consiguen dar la idea de hogar. Se apagan los motores de las máquinas. Ahora comienzan los ruidos de la noche, los gemidos del campo.

Marina Aizen

maizen@clarin.com

Clarín Rural, 12 Junio 2007